

Fábula del dictador y el bohemio

Luis Ignacio Helguera

1999 vuelve a confrontar, a reunir a Carlos Chávez (Junio, 1899-agosto, 1978) y Silvestre Revueltas (diciembre, 1899-octubre, 1940), los dos compositores que al terminar el siglo XX dominan el panorama musical de México. Buena oportunidad no sólo para la revisión y exploración indispensables de dos catálogos sustanciosos y consistentes pero muy distintos, contrastantes, disímbolos incluso, sino también para evaluar con mejor perspectiva temporal y más objetividad a estas dos grandes figuras de la música latinoamericana, tanto como para esclarecer su profunda y conflictiva relación personal, no pocas veces afectada y enturbiada por las habladurías de terceros (o cuartos...). Creo que el alcance de este esclarecimiento rebasará el puro anecdótico para cuestionar radicalmente bifurcaciones burdas, esquematismos estéticos y políticos tan manidos y dañinos como éstos: Revueltas, el bohemio inculto y genial; Chávez, el dictador de la cultura oficial; Revueltas, el héroe de la izquierda; Chávez, el villano de la derecha; Revueltas, el músico que escribe para el pueblo y expresa su dolor; Chávez, el árido y cerebral compositor elitista que triunfa en los Estados Unidos y se desentiende del pueblo mexicano; Chávez, explotador de la música tradicional mexicana de manera «estudiada o preconcebida», como simple «recurso estético», y Revueltas, «el hombre intuitivo, salvaje», intérprete de un «sentimiento a través del cual trató de “proletizar” su música» (los entrecorridos anteriores son afirmaciones de Peter Garland, *Silvestre Revueltas*, Alianza Editorial, México, 1994). Y esto escribe el musicólogo uruguayo Coriún Aharonián en su artículo «Un ejemplo de coherencia y rectitud: una mirada a Nancarrow desde el lejano Sur»:

Cuando [Nancarrow] había decidido mudarse a México, sabía que había allí un extraordinario compositor que proclamaba su solidaridad con la República Española: Silvestre Revueltas, fuertemente comprometido en materia política, con un perfil marxista-leninista. También esta esperanza de un feliz encuentro terminó en 1940, a la llegada de Nancarrow a México, porque Revueltas murió ese mismo año. Y la vida musical mexicana quedó totalmente en manos de un hombre de poder, Carlos Chávez, reac-

cionario como compositor y como persona, y humanamente lo contrario de lo que Nancarrow trataba de hallar ahí. [...] No había espacio para él [Nancarrow] en el reinado de Chávez. Quiero subrayar este punto, puesto que para un extranjero se hace casi imposible entender el poder faraónico que detentó Chávez en México durante décadas, hasta comienzos de los setenta. Estaba en contra de Revueltas –y nunca logró comprender la estatura colosal de Revueltas– y se convirtió, conscientemente o no, en un negador de la mera existencia de Nancarrow.

Ante tanta confusión, sugiero la medida griega de ir por partes y hacia los orígenes. Tanto Chávez como Revueltas fueron músicos precoces y tuvieron el privilegio de una formación superior. Séptimo hijo de una familia criolla ilustre (que asciende a José María Chávez, gobernador de Aguascalientes fusilado durante la resistencia contra la intervención francesa), Carlos estudió piano desde muy niño con su hermano Manuel y poco después, profesionalmente, con Pedro Luis Ogazón y con Manuel M. Ponce. Según Roberto García Morillo (*Carlos Chávez, vida y obra*, FCE, 1960, p. u), la instrucción que recibió Chávez de Ponce fue sólo pianística y, en sentido estético, la atracción del discípulo por la música indígena –originada en sus frecuentes andanzas por Tlaxcala y alrededores– no iba de acuerdo con el manifiesto interés del maestro por la música criolla y mestiza. Mayor de una familia humilde de doce hijos, Silvestre nació en Papasquiario, Durango, entre dos siglos, y en la primera tina –de zinc– daba tamborazos –«esas redondas tinas de baño que siempre me gustaron más para tamboras que para baño», decía–, en una flauta de carrizo recreaba las melodías de las bandas de pueblo y nunca le faltó la fe de una madre con sensibilidad artística ni el apoyo de un padre comerciante de amplio criterio que en cuanto pudo (en 1917) le compró un violín y lo mandó a estudiar música a Austin, Texas, y después a Chicago. El arquitecto melómano Ricardo Ortega, marido de la cantante Lupe Medina, presentó en 1924 a Revueltas y a Chávez, quien, en valiosísimo testimonio confiado a José Antonio Alcaraz en Nueva York, exactamente dos meses antes de su muerte, evoca así a Silvestre:

Era un muchacho de una enorme simpatía. Inmediatamente se inició una relación de afecto y comunicación. Por esas épocas él sólo estaba por unos cuantos días en México. Tocaba en un cine en Chicago y traía su violín. Era un gran violinista. Recuerdo en especial su interpretación, en esa época, de sonatas de Haendel y de Beethoven. Varias veces tocamos juntos mi *Sonatina* para violín y piano.

Estamos en 1924. Mientras Chávez es ya un volcán de ideas musicales y políticas, de proyectos culturales, de crítica al raquitismo musical mexicano, Revueltas es un volcán de simpatía, de alcoholismo juvenil en los clandestinos *Speakeasy's*, de un virtuosismo en el violín, una maestría interpretativa, una expresividad artística y una memoria musical cuyo asombro sin límites está plasmado en tres cartas de su maestro y acompañante al piano, el hermano Louis Gazagne, a Rosaura Revueltas –hermana del compositor, a quien el padre confunde cómica e incestuosamente en la primera carta con la viuda. El intercambio epistolar entre Chávez y Revueltas por esas fichas (1924-1928) es tan escaso como significativo. Ya desde entonces, Silvestre escribe con el desparpajo y la gracia que forjarían a un escritor muy disfrutable y agudo de diarios, cartas y reflexiones; Carlos escribe con el rigor y la claridad, el orden y el seguimiento pragmático de los asuntos que caracterizaron siempre su personalidad. Aunque coinciden en la exploración detallada de Debussy, Stravinski, Gershwin, Hindemith, Milhaud, Varèse –con quien tienen contacto personal–, es Chávez el «adelantado», como se observa por los consejos que da a su colega:

¿Por qué estás tan wagneriano en la *Elegía*? Al *Batik* cámbiale el nombre, por favor. Es una cosa tan bien con un nombre tan mal. Me encanta la firmeza de los ritmos y la solidez de la construcción; tal vez es demasiado «sacudido» por la falta de ligaduras en los viento madera. Es más musical que todo lo que conozco tuyo. [...] Lo que más me gusta de todo es ver la sinceridad y la despreocupación con que está escrito y que las cualidades que hay provienen directamente de tus cualidades personales (2/111/27).

Veamos el contraste de tono con una carta anterior de Silvestre a Carlos escrita desde el crudo invierno de Chicago:

Blanco y gris, y más blanco y más gris. Cubre todas las cosas una tristeza más desesperada que la de [Francisco] Agea, y a mí todavía no se me quita un humor más negro que los ojos de la señorita Valdés Fraga. [...] Para colmo de desdichas, a mi buena señora se le ocurrió tener dos boletos para la ópera. Ella había escogido a su hermana como víctima, pero como caí tan a tiempo yo fui el designado. *Traviata* o *Lakmé*, creo que oí decir. *God help me*. Ah qué cervezota me echaría ahorita, viejo, pero ni modo, aquí no hay más que esta maldita nieve que es un asco (23/XII/24).

En repetidas ocasiones hablan los dos jóvenes e impetuosos músicos de trabajar juntos en una orquesta y la añoranza del país natal y los amigos, del buen clima y las cervezotas no le durarían muchos años a Revueltas,

gracias precisamente a Chávez, quien en carta del 18 de diciembre de 1928 lo rescata de otro crudo invierno estadounidense, en San Antonio, Texas, instándolo a «levantar el petatito» y ofreciéndole la subdirección de la Orquesta Sinfónica de México –de la que ya era titular Chávez–, una cátedra de violín en el Conservatorio Nacional –que ya dirigía Chávez– y la batuta de la orquesta de alumnos. En Nochebuena, Silvestre, congelado, le pone este telegrama:

«Cartas recibidas. Saldré lo más pronto posible. Gracias. Feliz año», enrolla el petatito y, felizmente, vuelve a México. En su país, Revueltas actúa en varias ocasiones como director y como solista de la Orquesta Sinfónica de México, da clases nada ortodoxas («“Muchachos, ¿qué prefieren: clase o tarros?” Naturalmente que los alumnos votaban por lo segundo y se iban todos a la cervecería más próxima a charlar de todo... hasta de música», cuenta Eduardo Hernández Moncada) y, sobre todo, entra en un remolino compositivo que va de 1929 a su muerte, en 1940. Varias de esas obras, por cierto, fueron encargadas y estrenadas por... ¿por quién será?, sí, por Chávez. Un intento de reseñar su despliegue dinámico como funcionario cultural acapararía esta entrega; baste con informarles a los nobles y turísticos delatores del «poder faraónico» de Chávez que no por azar este zar –designado oficialmente en sus puestos tanto por Portes Gil o Lázaro Cárdenas como por Miguel Alemán o, en la última época, por Echeverría– fue el primer director del Instituto Nacional de Bellas Artes, que desde ese puesto su radio de propagación artística cultural fue múltiple e impresionante, que fundó la Orquesta Sinfónica de México (OSN) y el Conservatorio Nacional de Música, que impulsó un movimiento nacionalista del que surgieron compositores de la talla de José Pablo Moncayo o Blas Galindo, que dirigió un Taller de Composición del que egresaron músicos del calibre de Eduardo Mata o Mario Lavista, que trajo a México a compositores como Stravinsky, Milhaud, Hindemith o Copland, que realizó al frente de la OSN más de 250 primeras audiciones de música clásica y moderna extranjera y alrededor de ochenta estrenos de música mexicana –casi la cuarta parte, 19, es cierto, del propio Chávez– (cf. García Morillo, *op. cit.*, pp. 141-142), que fundó con Rodolfo Halffter la notable revista *Nuestra Música* (1946-1952), y un larguísimo, pero de veras larguísimo, etcétera.

Qué mejor que dejar al propio Revueltas hacer el encomio de su colega amigo, el recuento de sus ideales compartidos:

México Musical tiene apenas nueve años. Carlos Chávez, músico de hierro –así lo llamaba yo desde aquel tiempo en que trabajamos juntos–, orga-